

ARANTZAZU y parque natural de AIZKORRI-ARATZ

Historia, arte y excursiones

Índice

ARANTZAZU. EL SANTUARIO	
Entrada	
Leyenda: De la Dama de Anboto a la Virgen de Arantzazu	1
Fe: La obra de Juana Arriaran	2
Identidad: Símbolo de Euskal Herria	3
Guerra: Muerte y resurrección de Arantzazu	4
Arte: Vanguardia y revolución	6
Visita guiada al Arantzazu monumental	7
Idioma: Un faro contradictorio	8
Epílogo	8
PARQUE NATURAL DE AIZKORRI-ARATZ	
Roca descarnada, jugosos pastos y bosques inabarcables	9
Una intrincada columna vertebral	9
Ama Lurra, la magia de la tierra	10
Un espacio construido gota a gota	10
El sudor helado de los bosques	11
Un tintineo incansable	11
RUTAS EN EL CORAZÓN DEL PARQUE NATURAL DE AIZKORRI	
Campas de Urbia. El tintineo de los cencerros	
Cumbres destacadas. Aizkorri-Aketegi-Aitxuri, desde Arantzazu	
Desde Arantzazu al paso de San Adrian	12
Arantzazu desconocido	
Sierra de Aloña desde Urtegain	12
Guía práctica	12





Andra Mari gótica

La imagen de la Virgen de Arantzazu es una Andra Mari esculpida en piedra de 36 centímetros de altura. Su estética responde a los cánones góticos (siglos XIV-XV), aunque algunos expertos consideran que podría ser algo anterior, del periodo de transición del románico al gótico (siglo XIII).

La Virgen se presenta sentada, coronada, con una esfera (manzana?) en la mano derecha y el niño en la izquierda. Ambos miran al frente con faz serena, pero esbozan una tenue sonrisa.

Se trata de la imagen original encontrada en Arantzazu a finales del siglo XV. Durante siglos estuvo tapada por lujosos ropajes y joyas. En 1963 se colocó en el retablo pintado por Lucio Muñoz, despojada de tales aditamentos, en su estado original, con el espino y la campana junto a los que se dice que apareció.

¿Qué hacía una imagen de la Virgen perdida en aquellos breñales a finales de la Edad Media? Esa es una pregunta para la que 550 años después no hay respuesta.





Correrías nocturnas

Jose Migel Barandiaran contaba que en su niñez y aun en tiempos posteriores oyó en Ataun que la Virgen de Arantzazu se ausenta muchas veces del santuario. El motivo de tales excursiones no era otro que intervenir a favor de sus devotos cuando se hallaban en trances peligrosos o graves necesidades. Por ello, no resultaba extraño que "a la madrugada, de vuelta ya de su correrías nocturnas, la Virgen traía su ropa llena de arena de mar y mojada de agua salada".



ROCA DESCARNADA, JUGOSOS PASTOS Y BOSQUES INABARCABLES

La cara norte de Aketegi se precipita hacia el valle. Abajo, rebaño de ovejas, el ganado dominante en Aizkorri. Enganchada al alambre de espino, la pequeña bola de lana danza alocada sacudida por el aire frío que llega desde las alturas. El etéreo ovillo de un blanco roto, que diría un diseñador, opaco y sucio, parece empeñado en soltarse y se agita una y otra vez sin el menor resultado. No está solo en ese intento vano, ya que entre los espinos

blancos que se arremolinan más allá, en los arbustos bajos del inicio del bosque, en aquella rama seca fallecida junto al camino... otras bolas de frágil apariencia se sacuden con insistencia. Como cientos de pulgarcitos descuidados, las ovejas van dejando huella de su paso aquí y allá, tal vez necesitadas de estas señales para retomar el camino cuando acaben con los pastos jugosos. También han dejado rastro de su deambular en el suelo, sembrado de bolitas negras. Ha sido así durante miles de años, los rebaños se han movido por estos herbazales del parque natural de Aizkorri-Aratz y han ramoneado en sus prados verdes plenos de humedad. Así ha sido y así es hoy en día, aunque en menor medida. Y esperamos seguir viendo el caminar apretado y cansino de estas grandes bolas de lana, con la cara oscura pegada al suelo, guiadas en su deambular por el roce de los dientes y el gusto sabroso de la hierba.

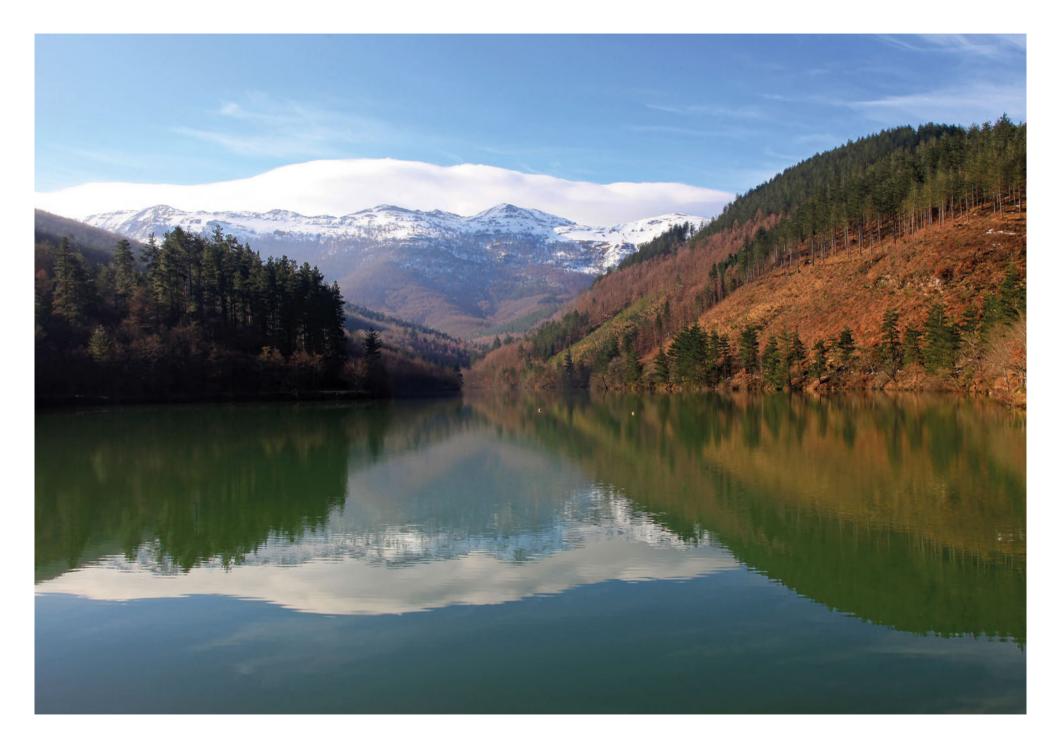
Forman parte de la foto del parque natural de Aizkorri-Aratz, espacio protegido que ejerce como límite entre las tierras de





92





Gipuzkoa y Araba, rodeado por las tierras del alto Deba, alto Urola y Goierri por el norte, y, más relajado, con la mirada puesta en la llanada alavesa, por el sur. Ocupa una superficie cercana a las veinte mil hectáreas que se estiran como una retorcida columna vertebral bicéfala en la que se apiñan seis sierras: Zaraia, Elgea, Aloña, Urkilla, Aizkorri y Altzania. Cada una de ellas con su personalidad, algunas insinuantes y verdes, otras, más ariscas; pero todas juntas forman un curioso y muy bello cóctel en el que las crestas rocosas calizas despuntan desafiantes y desgarradas, como queriendo huir del ahogo de los bosques, que trepan y trepan sin mesura, arrasando con todo lo que encuentran, tragándose collados y laderas, dando cuerpo a un mar verde inmenso y tupido en el que encontramos islas de hierba, colonizadas en algunos casos por majadas, bordas y rebaños, llanuras de altura que dan respiro al paisaje.

No es de extrañar que sea un destino deseado y emblemático para todos los montañeros y excursio-

nistas. Con las botas calzadas y la mochila a la espalda, la mirada abandona los valles y majadas, y se cuelga de las alturas, de los riscos y las paredes agrietadas, sobre todo, del tramo comprendido entre las peñas de Aloña y los montes de Aratz, el corazón de la sierra de Aizkorri. Es ahí donde se congregan las dueñas y señoras del espacio, las cimas destacadas de este cordal y también del territorio vasco, ya que es aquí y en ningún otro sitio donde la piedra se eleva hasta superar los mil quinientos metros de altitud en varios de sus hitos: Arbelaitz, de porte elegante y figura rotunda, que protege con mimo las bordas de Arbelar; Iraule, tan próxima a la anterior que parece querer imitar sus maneras; Aitxuri, que luce orgullosa pero con gran discreción el título de mayor altitud de Euskadi con sus 1.551 metros; Aketegi, acreedora de una de las moradas de la diosa Mari, una cueva en su cara norte, Aitzabal, un escarpe cosido con corredores que se empeña en mantener unida la cresta rocosa, y Aizkorri, quien da nombre al parque, segundona de lujo que acapara el fogonazo

de las cámaras, tal vez debido a que posee ermita y refugio en lo más alto.

Podemos recorrer esta cresta y lo haremos con sentimientos encontrados. Sufriremos con su piedra rota, casi un calvario para nuestras piernas. Porque allí arriba tendremos la sensación de que estas cimas están aún sin construir, dejadas de la mano de un dios constructor hastiado de dar forma a tanta roca; o puestos a imaginar, tal vez sea que, como la nueva gastronomía, los montes se están deconstruyendo a cada paso que damos, por lo que no podremos mirar atrás ya que veremos el vacío dejado tras desmoronarse convertidos en bloques pétreos... pero no teman. Dejando la viva imaginación al margen, las sensaciones serán intensas, sí, pero sin duda placenteras. Por que al mismo tiempo nuestro ansia montañera recibirá regalos a cada paso, vías de ascenso atractivas, variadas y sorpresivas, y vistas espectaculares sobre los valles y montes circundantes, hasta el Pirineo y el mar en los días limpios en los que el cielo parece extenderse hasta el infinito.

95



RUTA 1 >

Dificultad: Facil
Tiempo: 2 h 15 min
(ida y vuelta)
Desnivel: 450 m

CAMPAS DE URBIA El tintineo de los cencerros

El ascenso a las campas de Urbia es una manera sencilla de conocer la esencia del parque natural de Aizkorri-Aratz, ya que caminaremos por los hayedos, respiraremos el aire pastoril de Urbia, donde los rebaños de oveja latxa deambulan entre majadas y restos megalíticos, y admiraremos las cumbres destacadas de la sierra de Aizkorri y los altivos peñascos de Zabalaitz, que custodian de los vientos estas llanuras y pastos de altura. Es allí también donde se ubican una ermita y una fonda muy frecuentada los fines de semana. Es, además, punto de partida de muchas excursiones y ascensiones.



Las campas de Urbia son un privilegiado entorno natural para las familias

Comenzamos en el santuario de Arantzazu (715m), situado sobre un pronunciado barranco al que habremos llegado desde Oñati tras recorrer 8 km por la carretera GI 3591.

Desde la parte más alta, una vez rebasada la basílica, llegamos al restaurante Sindika, y una vez que dejamos atrás las últimas edificaciones seguimos la pista empedrada que remonta los primeros desniveles por la izquierda en busca del hayedo. Llegamos a una explanada que ocasionalmente se utiliza como aparcamiento. La pista que continúa en sentido descendente se dirige hacia las praderas de Iturrigorri bajo la silueta del peñasco de Gazteluaitz. Nosotros giramos a la izquierda y nos internamos en el bosque por camino bien marcado. Es el sendero local PR Gi 3006. Senda de Urbia.

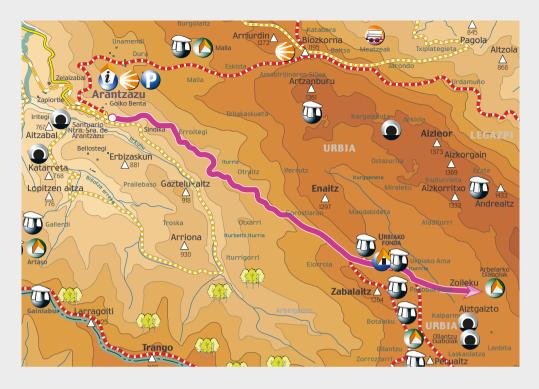
El recorrido discurre a través del hayedo. En época estival, es muy de agradecer la frescura propor-

cionada por la gran cantidad de hayas existente. El desnivel que tenemos que superar no es muy acusado hasta que llegamos, en unos veinte minutos, a una fuente de piedra con una imagen de la virgen. Este es el punto en el que la levenda dice que se apareció al pastor. Continuamos por el havedo hacia la vaguada de Otraitz. Dejamos atrás el arbolado para alcanzar el collado de Elorrola (1.165 m, 1 h 20 min), custodiado por las peñas de Enaitz, a la izquierda, y Zabalaitz, a la derecha. De aquí parten dos senderos; tomamos el que desciende hacia las campas de Urbia, un terreno muy pisado y arbolado.

Dejamos ahora el bosque atrás y el paisaje se abre por delante de nosotros, con vistas espectaculares que ya adelantan la llegada a las campas de Urbia. Un ligero descenso, siguiendo la hilera de árboles que nos guía hasta la ermita y, más adelante, hasta las puertas de la fonda de Urbia (1.135 m, 1 h 30 min). La extensión de los prados es enorme y pronto nos damos cuenta de por qué los pastores han traído desde tiempos inmemoriales y siguen trayendo los rebaños de ovejas en busca de los mejores pastos. Estas praderas se encuentran en un lugar extraordinario y espectacular, al abrigo de las grandes cimas de la

sierra, Aizkorri (1.528 m) Aketegi (1.549 m), Aitxuri (1.551 m)... por el norte; y bajo la atenta vigilancia de la cercana cumbre de Zabalaitz (1.264 m) que por el sur cierra esta extensa pradera. Extensos prados de hierba fresca y resguardados de vientos.

Si queremos imbuirnos de este ambiente, podemos seguir junto a la fila de árboles que nos guía en dirección este para acceder a las chabolas de pastores de Arbelar. Desde aquí en adelante, el sendero comienza a escalar los bellos escarpes que ascienden sin contemplaciones a la parte alta de la cresta montañosa. Retornamos por la misma ruta.



118